

que se salvan, sino tambien en los que perecen; para los unos es *olor* mortal, para los otros de vida y salvacion. »

*Esta voz se toma tambien en mal sentido; Génes., xxxiv, 30, Jacob dice á sus hijos: « Me habeis puesto en mal *olor* entre los cananeos y fereceos, » y hecho odioso á estos pueblos. Exod., v, 21, los israelitas dicen á Moisés y á su hermano: « Nos habeis puesto en mal *olor* para con Faraon y sus ministros. » En Daniel, iii, 94, se dice de los tres niños en el horno, que el *olor* del fuego no pasó á ellos, esto es, que no padecieron daño alguno ni ninguno de los efectos del fuego.

Omission. No hacer lo que la ley de Dios nos manda, es un pecado de *omision*. Como la moral evangélica nos ordena muchas obras buenas y actos de todas las virtudes, la mayor parte de las culpas del cristiano son pecados de *omision*. Pero como la inadvertencia y debilidad pueden tener mucha parte en esto, comunmente estas faltas no son tan graves como los pecados de *comision*, que consisten en hacer lo que la ley de Dios nos prohíbe.

Omnipotencia. V. PODER DE DIOS.

Ondear á un niño, es bautizarle sin observar las ceremonias de la Iglesia. Cuando un niño recién nacido parece hallarse en peligro de muerte, y por otra parte no es posible llevarle á la iglesia para que se le administre el bautismo, se toma la precaucion de *ondearle*; mas para que el bautismo de este modo administrado sea válido, es necesario que se empleen con exactitud la materia y la forma. Véase BAUTISMO.

Se halla en los rituales la enumeracion de los casos en que se puede bautizar de este modo á los niños que no han acabado de nacer ó salir del vientre de su madre. A excepcion de estos de necesidad, no se debe *ondear*, sin permiso expreso del obispo. Se acostumbraba en Francia *ondear* á los príncipes cuando nacieran, y no suplir las ceremonias sino muchos años despues; el rey Luis XVI, por un motivo piadoso, hizo bautizar á sus hijos con todas las ceremonias, inmediatamente despues de su nacimiento.

Se suscitaron en otro tiempo algunas dudas sobre si los adultos, que habian sido bautizados en el lecho durante una enfermedad, y á los cuales se llamaba *clínicos*, habian recibido toda la gracia del sacramento; S. Cipriano está por la afirmativa. Véase CLÍNICOS.

Oncirocritia, arte de interpretar los sueños. V. SUEÑO.

Onfalofísicos. Algunos escritores han dicho que se habia dado este nombre á los

bogomilas ó paulinistas de la Bulgaria, pero es mas probable que se quiso designar con él á los hesicastas de los siglos XI y XIV. Estos eran unos monjes fanáticos que creian ver la luz del Tabor en su ombligo. V. HESICASTAS.

Ononiquita. Este término significa á la letra, *el que tiene piés de asno*, está formado del griego *ὄνος*, *asno*, y de *ὄνη*, *uña ó pezuña, casco*. Este era un nombre injurioso que los paganos dieron en el siglo III al Dios de los cristianos. Tertuliano dice que le representaron con orejas y un pié de asno, teniendo en las manos un libro, y vestido de doctor. *Apologet.*, c. 16. Añade que un judío apóstata habia discurrido aquella figura, *lib. 1, ad Nat.*, c. 14. Mas algunos críticos pretenden que se debe leer en el texto *onokoitis*, engendrado de un asno. Tertuliano se burla, con razon, de esta absurda calumnia, y expone la creencia de los cristianos en orden á la Divinidad.

¿Qué es lo que pudo dar lugar á esta invencion extravagante? Los paganos, se dice, sabian que los cristianos reconocian el mismo Dios que los judíos; así es que acusaban á los judíos de que adoraban la cabeza de un asno. En este caso el judío apóstata quiso poner en ridiculo al Dios de su propia nacion, igualmente que al de los cristianos.

Existe en la *Historia de la Academia de las Inscripciones*, tom. 14, en 12º, una memoria en la que se refieren las diversas fábulas que los autores paganos forjaron á costa de los judíos, y de ellas resulta que los historiadores, tanto griegos como romanos, tenian noticias muy inexactas en punto á la historia, costumbres y creencia de los judíos.

Appion, escritor gramático de Alejandria, pretende que cuando Antíoco Epifanes saqueó el templo de Jerusalem, halló en él una cabeza de asno, la cual era de oro, de un valor muy considerable, y que era adorada por los judíos. Josefo el historiador, quien refiere esta calumnia, la refuta haciendo ver que los judíos no adoraron nunca á ningun animal, como hacian los egipcios. *lib. 2, contra Appion*, c. 3.

Diodoro de Sicilia, en unos fragmentos sacados de su libro trigésimo cuarto, cuenta que habiendo entrado Antíoco en el templo, encontró en él una estatua de piedra, la cual representaba á un hombre con una gran barba, montado sobre un asno, y que juzgó que esta figura era la de Moisés; pero esto no bastaba para dar fundamento á la calumnia forjada por Appion; se sabe por otra parte que los judíos no toleraban ninguna estatua en su templo; y Tácito conviene en que

cuando Pompeyo entró en él, no encontró allí ninguna.

El mismo Tácito, *Hist.*, lib. 5, n. 3 y 4, refiere, valiéndose de otros escritores, que Moisés y su pueblo, habiendo sido arrojados de Egipto, por estar infestados de la lepra, se retiraron al desierto de Arabia, donde hallándose á punto de morir de sed, vieron una multitud de asnos salvajes que iban hácia un peñasco cubierto de árboles; que habiéndoles seguido Moisés, vió un abundante manantial de agua; y que en reconocimiento de este servicio, los judíos consagraron ó dedicaron en su santuario una figura de este animal. Plutarco, en sus cuentos de sobremesa, ha copiado esta fábula.

Mas el mismo Tácito tampoco la da crédito. « Los Egipcios, dice, n. 5, adoran á muchos animales y figuras compuestas de diferentes especies; los judíos admiten un solo Dios, á quien no se le puede comprender sino con el entendimiento; ser soberano ó supremo, que existe de toda eternidad, ser inmortal é inmutable. Miran como profanos á aquellos que representan á los dioses bajo una forma humana: no toleran imágenes en sus ciudades, y mucho menos en sus templos; ni tributan este honor á los reyes, ni á los Césares. »

Muchos sabios modernos han investigado el origen de la calumnia de Appion y formado diversas conjeturas sobre este objeto. La que parece mas probable es la de Lefèvre. Observa que el templo edificado en Egipto por Onias, sacrificador judío cismático, era llamado *ὄνου ἱερον*, y recientemente *ὄνηιον*, templo de Onias; los Alejandrinos, enemigos de los judíos, le llamaron por mofa *ὄνου ἱερον*, el templo del asno.

S. Epifanio, hablando de los gnósticos judaizantes, dice que representaban á su Dios Sabaoth bajo la figura de un asno; mas esto no parece suficientemente probado. *Hist. de la Acad. de las inscripciones*, tom. 1, en 12º, pág. 181; *Memor.*, tom. 2, pág. 489.

Operacion. Los teólogos expresan igualmente con este término las acciones de Dios y las del hombre; distinguen, al hablar de las primeras, las *operaciones* milagrosas de las de la gracia, las cuales son comunes y diarias; respecto al hombre se distinguen las *operaciones* del alma de los movimientos del cuerpo, y las *operaciones* sobrenaturales de las acciones naturales, etc.

En Jesucristo, Dios y hombre, la Iglesia católica enseña que hay dos *operaciones*, una divina y otra humana, y no una sola *operacion teándrica*, como pretendian los monotelitas y los monofisitas. Véase TEÁNDRICO.

Operante (gracia). V. GRACIA.

Opinion. Se debe distinguir cuidadosamente, en los escritos de los PP. de la Iglesia y en los teólogos, el dogma de las *opiniones*. Todo cuanto se refiere al dogma es sagrado, y nunca es lícito variarlo ó desfigurarle en manera alguna; las *opiniones* ó sistemas son libres, y se las puede defender, con tal de que la Iglesia no las haya condenado expresamente; ningun sistema merece la preferencia, sino en cuanto parece conformarse mas bien con las verdades expresamente decididas.

Por no haber atendido á esta distincion, han acaecido graves inconvenientes. Los enemigos de la Iglesia católica han acriminado todas las *opiniones* ridiculas que pudieron descubrir en los teólogos mas oscuros, y de las que no se ha deducido ninguna consecuencia; como si la Iglesia estuviera obligada á tener siempre á mano la excomunion, y á escudriñar todos los rincones del mundo para descubrir lo que pueda estar sujeto á censura: y los incrédulos siguen este bello ejemplo para poner á la teología en ridiculo. Por otra parte, muchos teólogos emplean mas celo y energia en sostener las *opiniones* de su escuela y los sistemas particulares que abrazaron, que en defender el dogma contra los asaltos de los herejes é incrédulos. Se ha llevado la preocupacion hasta el punto de querer persuadir que cuando los concilios y los soberanos pontífices han tributado magníficos elogios á la doctrina de un P. de la Iglesia, consagraron por esto todas las *opiniones* que este personaje respetable siguió, á las que en el fondo no daba la mayor importancia, y que hubiera abandonado sin dificultad, llegado el caso de impugnar á otros adversarios.

Así, de un lado, los herejes censuran con acritud en los PP. todas las *opiniones* problemáticas; por otro, ciertos ingenios vehementes y preocupados quieren que todo sea sagrado en los PP.: ¿cómo es posible contentar á la vez á unos y á otros?

Bueno será no olvidar jamás la máxima muy antigua: *En las cosas necesarias, unidad; en las cuestiones dudosas, libertad; y por fin, en todo, reine la caridad.*

☞ **Opiniones (políticas).** Bajo el pretexto de la *libre opinion* en materias de gobierno, en negocios administrativos, en planes de economia y en legislacion internacional, se ha introducido en varios círculos la máxima de que es libre el pensamiento y permitida la opinion; por lo tanto que el juicio del individuo debe respetarse en la tota-

lidad de las cosas y de las materias, así como en sus diversas relaciones. De este principio general han nacido mil consecuencias funestas, que no hay razón para desechar una vez asentada su base. Si la opinión cabe en todo, si todo lo abarca, si hay libertad para reducir á sistema los principios inconcusos de las cosas, los axiomas de las ciencias y las verdades de la fe, desde entonces hay necesidad de admitir el pirronismo histórico, el escepticismo científico, la incredulidad dogmática y todos los extravíos de imaginaciones febricitantes y de entendimientos orgullosos.

Consecuencia natural de semejante principio es lo que también se llama *libertad de pensar*, y á la libertad de pensar sigue la de discutir por palabra y por escrito; sigue también la de querer y de obrar con todo el aparato de medios y de artificios para satisfacer las propias concepciones, los deseos propios, y llenar el objeto que el hombre se ha representado. La opinión en tal caso está contra el género humano, contra la historia, contra las tradiciones, contra la sanción de los siglos; destruye la base de todas las verdades, y con ella el principio y hasta la idea de orden; hace por consiguiente imposible la sociedad, y ahoga en su nacimiento toda acción heroica y todo linaje de sacrificios. La libertad de opiniones entendida en algo más que en lo problemático, en lo dudoso, en lo que está bajo la voluble providencia y vacilante consejo del hombre, es una chocante quimera y un castillo levantado para juguete de estrepitosas borrascas.

Decir que la libertad de pensar es un dogma social, que la opinión es absolutamente libre, que el hombre puede entender como le plazca, hablar como le agrade, escribir como juzgue conveniente, y que para todo esto está en su derecho, equivale á sancionar todas sus ideas, todos sus discursos y las producciones que salgan de su pluma. El gobierno que admitiera tal principio, habría de tolerar la blasfemia y los gritos subversivos, los escritos impíos, escandalosos y trastornadores del orden público, y tendría que absolver los crímenes domésticos y sociales. Del pensamiento á la palabra, de la palabra á la Escritura, y de esta á la enseñanza pública no hay espacio en el orden moral, aunque lo haya en el legal, esto es, en los procedimientos judiciales.

Si un gobierno fuese bastante insensato para confiar en sola la fuerza coactiva; si predicara ó autorizase el principio de la libertad de pensar, y se creyera tranquilo

hasta ver estallar los sucesos que se vacían en el molde del pensamiento y en el taller del corazón, tendría que resolverse á esperarlos todo de la *moralidad* que enseñan las bayonetas y el aparato de la fuerza pública. Otro género de la moralidad no es compatible con las enseñanzas individuales, fruto de la libertad de pensar.

Las opiniones, pues, solo tienen lugar en las cosas dudosas, en lo que no está decidido. En las creencias, en las verdades de la fe, en las decisiones y aclaraciones que emanan de la autoridad de la Iglesia, no hay entre los católicos más que una voz, un sentir, una misma conformidad. Lo contrario es rebelión, es cisma, es escándalo, equivale al espíritu privado del protestantismo, y á la impiedad.

Sería también una inconsecuencia cruel permitir enseñanzas contradictorias, y castigar los excesos que ya corren por el terrible vehículo de la prensa libre.

Los mismos parlamentos modernos hacen justicia á estas observaciones; toleran la discusión, el exámen, todo género de debates cuando las cosas figuran en la línea de proyectos; mas una vez sancionadas, condenan la oposición, castigan los combates antilegales y establecen la fuerza de las *cosas juzgadas*. Es por lo mismo una impía consecuencia el dar por sentada la libertad de opinión en las cosas sagradas y canónicas; es injusto llamar á exámen y discusión lo que ya está juzgado, determinado y definido; y quien de otra manera entendiese las palabras *libertad* y *opinión*, tendría que aceptar las consecuencias de todos los crímenes y desaciertos.

No hay pues que dejar correr sin exámen estas palabras. Los que más las invocan suelen de ordinario respetarlas, como los protestantes é incrédulos de todos los siglos respetaron la *tolerancia*. Véanse las adiciones á los artículos GUERRAS DE RELIGION, INTOLERANCIA.

Opinionistas. Se llamó así á ciertos herejes que aparecieron en el siglo XV, en tiempo del papa Paulo II, porque estaban infatuados con muchas opiniones ridículas, sosteniéndolas con obstinación. Su principal error consistía en jactarse de una pobreza fingida, y en enseñar que no había verdadero vicario de Jesucristo en la tierra, mas que aquel que practicaba esta virtud. Parece que esta secta era una rama de la de los valdenses. Sponde, *ad ann. 1467, n. 12.*

Optimismo. Sistema en el que se defiende no solo que todo cuanto hay en el mundo

es bueno, sino que todo es lo mejor posible, *optimum*; que Dios con todo su poder no ha podido hacer nada mejor que lo que ha hecho, que cada criatura no puede ser ni más perfecta ni más dichosa que es, respecto al orden general del universo. Esta hipótesis se inventó para resolver la gran cuestión del origen del mal, y para responder á las objeciones que Bayle había hecho acerca de este objeto. Fué defendida con sumo ingenio por muchos autores ingleses, por Jacquolot, por Malebranche y Leibnitz; como estos dos últimos parece haberla desenvuelto mejor que los otros, de ellos será de quienes hablaremos principalmente.

Malebranche la estableció en sus *Conferencias sobre la Metafísica*, y en su *Tratado de la Naturaleza y de la Gracia*. Pone por principio que Dios no puede obrar por otra causa que por su gloria, de donde concluye que Dios, al criar el mundo, eligió el plan y orden de cosas que, considerado todo, eran los más aptos para manifestar sus perfecciones.

Malebranche funda su principio en el texto de los *Proverbios*, xvi, 4, donde se dice que Dios hizo todo á causa de sí mismo: *Universa propter semetipsum operatus est Dominus, impium quoque ad diem malum*. Uniendo estas palabras con las de S. Pablo, á los *Colosenses*, 1, 16: «Todas las cosas han sido criadas en Jesucristo y por Jesucristo en el cielo y en la tierra, y todo subsiste por él.» Malebranche infiere de aquí que Dios, al criar el mundo, tuvo por objeto, no solo el orden físico y la hermosura de su obra, en que hizo resaltar sus perfecciones, sino también el orden moral y sobrenatural, de que Jesucristo, es, por decirlo así, el alma y el principio, y el que desensuelve á nuestros ojos los atributos divinos mucho mejor que el orden físico del universo; así, para comprender la excelencia de la obra de Dios, es preciso no separar estas dos relaciones una de otra.

«No se comprenderá jamás, dice, que Dios obre únicamente por sus criaturas, ó por un movimiento de pura bondad, cuyo motivo no halle su razón en los atributos divinos. Dios puede no obrar; pero si obra, no puede menos de arreglarse sobre sí mismo, sobre la ley que encuentra en su subsistencia. Puede amar á los hombres, mas no lo puede sino á causa de la relación que estos tienen con él. Halla en la belleza que contiene el arquetipo ó modelo de su obra un motivo para ejecutarla; pero esta belleza le hace honor, porque expresa cualidades de que se gloria, y que le es muy fácil poseer. Así el amor que Dios nos tiene no es interesado en sentido de que

tenga necesidad alguna de nosotros, sino que es interesado en cuanto no nos ama sino á causa del amor que se tiene á sí mismo y á sus divinas perfecciones, que nosotros expresamos por nuestra naturaleza, y que adoramos por Jesucristo.» 9ª Conferencia, n. 8.

«Cuanto más perfecta es una obra, tanto mejor expresa las perfecciones del artífice, y le hace tanto más honor, cuanto las perfecciones que expresa agradan más al que las posee; así Dios quiere hacer su obra lo más perfecta que le sea posible... Pero también Dios quiere que su conducta lo mismo que su obra lleven el carácter de sus atributos. No hallándose contento con que el universo le honre por su excelencia y su belleza, quiere que sus huellas le glorifiquen por su sencillez ó simplicidad, su fecundidad, universalidad, uniformidad, y por todos los caracteres que expresan unas cualidades que se gloria de poseer... Lo que Dios quiere, es obrar siempre lo más divinamente que pueda, ó obrar exactamente según es él y según todo lo que es. Dios ha visto con absoluta eternidad todas las obras posibles y todos los medios posibles de producir cada una de ellas; y como no obra sino por su gloria y según lo que es, se ha determinado á querer la obra que podía ser producida y conservada por los medios que, unidos á esta obra, debían honrarle más que toda otra obra producida por cualquiera otro medio.» *Ibid.*, n. 10.

«Si un mundo más perfecto que el nuestro no pudiera ser creado y conservado sino por medios recíprocamente menos perfectos... Dios es sumamente sabio, ama demasiado su gloria, y obra con suma exactitud según lo que él es, para poder preferirle al universo que ha creado... Aun cuando Dios pueda dejar de obrar ó no hacer nada, porque él se basta á sí mismo, no puede elegir y adoptar lo peor; no puede obrar inútilmente; su sabiduría le impide adoptar de todos los designios posibles el que no sea el más sabio; el amor que se tiene á sí mismo, no le permite escoger aquel que no le honre más... Si los defectos del universo que habitamos disminuyen su relación con las perfecciones divinas, la simplicidad, la fecundidad, y la sabiduría de los medios ó leyes que Dios sigue, la aumentan con ventaja. Un mundo más perfecto, pero producido por leyes menos fecundas y menos sencillas, no llevaría tan marcado como el nuestro el carácter de los atributos divinos. Hé aquí por qué el mundo está lleno de impíos, de monstruos, y de desórdenes de todas clases. Dios podie